

Sacrificio y democracia: pensar Europa desde María Zambrano*

David Soto Carrasco**

1. La agonía de Europa. Entre 1943 y 1945 María Zambrano va a publicar dos «libros gemelos», *La confesión, género literario y método*¹ y *La agonía de Europa*². En esta época, Zambrano vive plenamente en el «desierto» del exilio. La vuelta a España es cada vez más difícil. Aquí, el régimen franquista se institucionaliza a marchas forzadas. Si las Leyes Fundamentales son promulgadas en marzo de 1938 (Fuero del Trabajo), entre 1942 y 1945 verán la luz la Ley Constitutiva de las Cortes Españolas (julio de 1942), el Fuero de los Españoles (julio de 1945) y la Ley del Referéndum Nacional (octubre de 1945). Pero la situación europea, tampoco es mejor. Entre estos años se desarrollan los acontecimientos más importantes que van a determinar el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. María desde América, como toda exiliada, cree que la continuidad del régimen franquista va a depender del futuro de Europa. No es raro leer entonces a otro exiliado como es Max Aub escribir:

«Quiero soñar y prometer la ruta
de libertad de tu pueblo cautivo»³

Igual que en el Aub de estos años, en Zambrano también encontraremos cierto mesianismo. De ahí, que ella acuda a San Agustín⁴. Zambrano se sentirá

* Este artículo se inscribe en el marco del Programa FPU del Ministerio de Ciencia e Innovación.

** Universidad de Murcia. davsoto@um.es

1 Sobre la confesión como género literario véase: M.L. MAILLARD, *María Zambrano. La literatura como conocimiento y manifestación*. Lleida, Universitat de Lleida, 1997, pp. 161 y ss.

2 M. ZAMBRANO, *La agonía de Europa*. Madrid, Editorial Trotta, 2000. En adelante =[AE].

3 MAX AUB, *Sala de espera*, n. 5. Cfr. J.L. VILLACAÑAS BERLANGA, «Abandonando toda apariencia de equipo. Acerca de un episodio de la correspondencia entre Max Aub y F. Ayala», en: *Biblioteca Virtual Saavedra Fajardo*. <<http://saavedrafajardo.um.es>>.

4 Cfr. J.F. ORTEGA MUÑOZ, *Introducción al pensamiento de María Zambrano*. México, F.C.E., 1994, pp. 255 y ss.

europaea; de aquí el rechazo a tantas posibles patrias americanas⁵. En cualquier caso, regresará definitivamente a Europa. Una Europa que está en crisis, pero María creerá que sólo de la angustia europea podrá brotar la esperanza para un futuro mejor⁶, no sólo para Europa, sino también para aquella España todavía «soñada».

Para Zambrano, «Europa está en decadencia» [AE, 23]; ésta es su confesión. María tiene claro el «estar viviendo una crisis»⁷. Por eso es necesario una «meditación», que persiga conocer lo que estamos viviendo, conocer la realidad con mayor claridad. Y ésta, para María, sólo puede encontrarse en soledad, en la soledad con las «entrañas» de uno mismo que muestran la vida misma. Así, para María, debido a una forma de pensamiento, el racionalismo, y sus variantes, Europa ha perdido la capacidad de proyectarse, y crear un horizonte de permanente esperanza. Ha perdido el horizonte de utopismo que ha sido consustancial a su esencia. Para Zambrano la esperanza de Europa ya no podía residir en la razón. La razón había fallado y con ella la política, y cuando ésta falla, emergen el arte y la religión. Zambrano optaría por consumir una solución mística⁸. Su condena a la razón alcanzará toda la filosofía desde Platón hasta Heidegger⁹. Veámoslo más detenidamente.

2. La noche de Occidente. En 1958, María Zambrano escribe *Persona y democracia*¹⁰, un libro surgido casi diez años del fin de la Guerra Mundial y a casi veinte de la guerra civil española. Ahora, Zambrano, se siente forzada

5 «De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose» (M. ZAMBRANO, *Los bienaventurados*. Madrid, Siruela, 2004, p. 37). Cfr. J.L. Abellán, «María Zambrano: las claves de su exilio», *Letra Internacional*, n.º 84, 2004, pp. 59-60 y J.L. ARCOS, «La Cuba secreta de María Zambrano», *República de las Letras: revista literaria de la Asociación Colegial de Escritores*, n.º 89, 2005, pp. 70-103.

6 Cfr. J.L. ABELLÁN, *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*. Barcelona, Anthropos Editorial, 2006, pp. 44 y ss.

7 M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 99. En adelante

8 Cfr. A. BUNDGÅRD, *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*. Madrid, Trotta, 2000, p. 257. José Luis Abellán remarca que el itinerario biográfico de la ilustre pensadora la va «expulsando del mundo», siendo la retirada a la soledad del campo en La Pièce su ruptura con la sociedad. «María Zambrano –concluye Abellán– que empezó su vida profesional, vinculando su filosofía a la poesía, acaba convirtiéndose en mística» (J.L. ABELLÁN, op. cit., 2006, p. 47).

9 Cfr. M. CACCIARI, «Para una investigación sobre la relación, Zambrano-Heidegger», *Archipiélago*, n.º 84, 59, 2003, pp. 47-53.

10 M. ZAMBRANO, *Persona y democracia. La historia sacrificial*. Madrid, Siruela, 2006. En adelante = [PD].

a plantear lo político desde una perspectiva polarizada y global¹¹. «El mundo hoy todo, o es un sistema, cualquier que sea la estructura de este sistema, o un género de unidad tal que se necesita contar con la totalidad para resolver los problemas que en cada país se presente» [PD, 25]. En él, Occidente, y más concretamente Europa, ya no se construye como proyecto, no ha sabido renovarse. Ha quedado enclaustrada entre dos imperialismos: el soviético y el estadounidense. En plena guerra fría, las fuerzas vivas de Occidente han quedado sacrificados por el poder absoluto «de dioses oscuros ávidos de sacrificios humanos».

En estas circunstancias, dice Zambrano, el único modo que no se produzca un hundimiento de Occidente es hacer extensiva la conciencia histórica [PD, 20], a la par que se abra cauce a una nueva sociedad fundada sobre la persona humana. «Es decir, traspasar un dintel jamás traspasado en la vida colectiva, en disponerse de verdad, a crear una sociedad humanizada y que la historia no se comporte como un antigua Deidad que exige inagotable sacrificio» [PD, 21]. Para ello, es necesario un cambio en la estructura, una apertura de la conciencia humana a una forma de conocimiento no «violenta». Y ahora, cree Zambrano, es posible. Sobre todo porque jamás habían tenido las masas tanta conciencia histórica, tanta conciencia de su acción política. Además, por primera vez, se constata la globalidad. Dice Zambrano: «lo que sentimos nos envuelve: sabemos que convivimos con todos los que aquí viven y aun con los que vivieron. El planeta entero es nuestra casa» [PD, 25]. Y la humanidad por fin puede plantearse como una¹². Zambrano, desde las primeras páginas va a trazar una reivindicación crítica de la humanidad frente a los planteamientos schmittianos amigo-enemigo, propios de todo imperialismo. Ahora, según Zambrano, la comunidad humana en su gran mayoría, tiene constancia de sus actos históricos, puede desplazarse por el tiempo. Sopesar el pasado y lanzarse hacia el futuro. Esta conciencia histórica es «responsabilidad histórica» [PD, 31]. En el fondo, hablamos del proceso de «conversión», que el individuo en su soledad sufre cuando arde su corazón y baja a los *ínferos* de su alma. Es la nostalgia de la pérdida, pero también es la esperanza de un futuro. «Es por lo que hay que pasar para alcanzar la madurez como persona y hasta como pueblo»¹³. Porque el recuerdo de lo «muerto» nutre nuestra es-

11 «La conciencia se ensancha, no vivimos ya bajo el peso del destino, bajo su manto, sintiendo que lo desconocido nos acecha. Vivimos en estado de alerta, sintiéndonos parte de todo lo que acontece» [PD, 25].

12 «Formamos parte de un sistema llamado género humano, por lo pronto. Es la condición esencial de la persona humana» [PD, 36].

13 M. ZAMBRANO, «Sentido de la derrota», en: J. DOMINGO y R. GONZÁLEZ, (Eds.), *Sentido de la derrota. Selección de textos de escritores españoles en el exilio en Cuba*. Valencia, El Gexel, 1998, p. 242.

peranza. «La historia no tendría sentido si no fuera la revelación progresiva del hombre. Si el hombre no fuera un ser escondido que ha de irse revelando» [PD, 41]. Sólo si se plantea un horizonte de esperanza es posible salir de la crisis. Porque en ella no hay camino, o por los menos no se ve. «En verdad las grandes culturas, las que aun «muertas» nos siguen alimentando, son aquellas que supieron atravesar derrotas. Morir de varias muertes y renacer de forma inesperada. Así, el Imperio Romano»¹⁴.

En medio de la crisis, el individuo y las masas están desamparadas. Lo único que sienten es la muerte y se dejan prender por ella. Hasta el punto que «se podría creer que muere nuestra cultura, especialmente en su núcleo occidental y más antiguo: Europa». Pero para nuestra autora, detrás de cada derrota, se esconde una esperanza.

La crisis es como el alba, «la hora más trágica que tiene día es el momento en que la claridad aparece como herida que se abre en la oscuridad, donde todo reposa» [PD, 47]. Zambrano nos habla de un cambio. Es necesario que los individuos sueñen el futuro, si quieren transformar la historia trágica de occidente en historia ética. Así, vemos como María ha globalizado la condición metafísica del exiliado¹⁵, ha convertido a Occidente en masa a la espera de algo —en el fondo de aquella Ciudad de Dios—. Se trata de esperar, «si no se espera todo o casi todo, todavía se espera algo»¹⁶, como diría Pessoa.

3. Ídolos y víctimas. Sin embargo, bajos esas claridades, de las que Zambrano habla, hay grupos de gente, «hay masas», que no respiran y otras que se ahogan. «Y la historia feliz acaba con la irrupción de esas gentes, de esas masas, que habían padecido la historia sin actuar en ella» [PD, 54]. Cuando estas masas actúan, lo hacen sin saber, arrasándolo todo a su paso¹⁷. Alimentando la historia trágica, cuya estructura consiste en que hayan ídolos y víctimas. Y frente a ella nacerá el horizonte que planteó Zambrano: «que allí donde nos agrupemos —y no podemos vivir sin agruparnos— deje de existir un ídolo y una víctima; que la sociedad en todas sus formas pierda su constitución idolátrica; que lleguemos a amar, creer y obedecer sin idolatría; que la sociedad cese de regirse por las leyes del sacrificio, o más bien, por un sacrificio sin ley» [PD, 56].

14 Ibidem, p. 242. Cfr. PD, p. 45.

15 «Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana» (M. Zambrano, «Amo mi exilio», *Letra Internacional*, n.º 84, 2004, p. 75).

16 F. PESSOA, *Libro del desasosiego*. Barcelona, Seix Barral, 1991, p. 121.

17 «Cuando llega la catástrofe, entonces, sólo entonces se sabe; es un saber trágico, pues, que llega a quienes han sido capaces padecer lúcidamente» [PD, 57].

Ídolo para Zambrano será todo lo que exige ser adorado, todo lo que reclama absoluta entrega. Bajo él se vive en tiranía, bajo el todos son víctimas. Pero llega un momento en que el ídolo es sacrificado, hecho víctima, lo que restablecerá por un momento la igualdad. El nivel se iguala y la víctima participa del ídolo al verle rebajado a su condición. El ídolo consume en un instante, lo que la muerte día a día. Liberado la víctima, el sacrificio pone a la víctima de manifiesto como actor. «Liberado de la necesidad animal, el hombre es soberano: hace lo que le place, su santa voluntad»¹⁸, pero ella también engendrará terror. Por el otro lado, el ídolo conoce un momento de paz suprema al verse sacrificado; participa también en la condición de víctima, siente haber pagado la idolatría sobre la que vivió encumbrado, se siente restituido en su condición humana [PD, 57]. Para Zambrano, la historia ha de dejar de ser «representación», es decir figuración hecha por máscaras, en donde unas veces se adopta el papel de ídolo y otras el de víctima, porque sólo bajo la máscara el crimen puede ser ejecutado [PD, 59]. Allí, los individuos dejan de ser personas para convertirse en personajes. Así, durante la representación, una especie de *hybris* posee a quienes intervienen en ella, sintiéndose elegidos, elevados por ello a un rango superior al humano, desde el cual no ha de dar cuentas a nadie, «olvidado la limitación de ser persona humana, olvidado lo humano de la persona» [PD, 59].

Según la andaluza, ésta es la estructura de la historia de Occidente, una historia sacrificial de víctimas e ídolos, que se ha repetido interminablemente, porque las víctimas no han sabido, porque dentro sí no se le has revelado el dolor oculto en la memoria, y por que ellos sólo han levantado más muerte. Zambrano con Nietzsche dirá: «Necesitamos de la historia, pero la necesitamos de otra manera». Se trata de no originar más muertos. Su propuesta política pretende por tanto, una total superación del sacrificio. Evitar seguir cargando la espalda del ángel de la Historia de cadáveres, diría Walter Benjamin¹⁹.

4. Absolutismo y estructura sacrificial. Para nuestra filósofa, necesitamos otra historia, un futuro lejos del sacrificio, que nos aparte del crimen²⁰, pues toda historia está manchada de asesinatos, en los que ha habido un proceso de endiosamiento. Será el endiosamiento el que causa el absolutismo. Y aquí, en gran medida, Zambrano va a realizar una crítica de la teología política moderna. Para Zambrano, el poder ha querido emular a la divinidad, su violencia creadora²¹, sumiendo la historia en una situación pre-histórica, «mas bien

18 Cfr. G. BATAILLE, *Escritos sobre Hegel*. Madrid, Arena Libros, 2005, p. 31.

19 Tesis de filosofía de la historia, VI.

20 «Se diría que el crimen es el pecado original de la historia humana» [PD, 93].

21 «No ha habido querer sin sacrificio», [PD, 108].

infra-histórica» [PD, 92] en tanto devora siglos enteros a su voluntad. El caso ejemplar es el de los totalitarismos actuales que han elevado a dioses a hombres y a un pueblo, devorándolo todo a costa de otro o de otros como víctima [PD, 92]. La política convertida en biopolítica, siguiendo a Foucault²², legítima y exige una política de dominio total. «El hombre occidental embriagado del afán de crear, quizá ha llegado a querer crear desde la nada, a imagen y semejanza de Dios. Y como esto no es posible se precipita en el vértigo de la destrucción; destruir y destruirse hasta la nada, hasta hundirse en la nada» [PD, 95]. Por eso, dice Zambrano, que es una imagen de creación pero invertida, pretende cerrar el tiempo, al destruir, al crear hacia la nada, anula el pasado y oculta el futuro [PD, 116]. Impide, por tanto el develamiento de la esperanza en el padecimiento de la memoria. Por eso, no tiene horizonte. El absolutismo del Estado-Dios, escribe, Zambrano, por su misma falta de sustancia reclama sacrificio. Necesita dar la muerte, para mantener la vida. Foucault, lo ha dicho en un sentido no muy distinto: «En todo caso la vida y la muerte de los súbditos sólo se convierte en derechos por efecto de la voluntad soberana»²³.

5. La persona humana. El que pide un sacrificio es porque necesita de algún modo, aquello que le es sacrificado, que le alimenta y sin ello estaría incompleto [PD, 154]. Es así, porque su identidad de ídolo se constituye frente la víctima, de acuerdo a la dialéctica schmittiana amigo-enemigo. Del mismo modo que cuando se exige un sacrificio se reconoce y afirma el sacrificado. «Al exigirlo, reconocen su existencia y su valor supremo» [PD, 154-155], más radicalmente aún, su realidad. Más lo hacen, asegura Zambrano, en una forma extraña «a la inversa». En todo sacrificio, habrá una inversión, lo que más vale se sacrifica; lo real se sacrifica por algo que al necesitarlo no es real en este sentido. Y en nuestros días, dice Zambrano, el carácter invertido de los sacrificios «exige aquello que se niega: la persona» [PD, 155].

La persona es soledad y libertad [PD, 157], «Una soledad dentro de la convivencia» [PD, 157], y que por ello no puede estar adherido a modo de vida alguno. En la sociedad, la persona sólo se manifiesta como individuo. La persona se manifiesta en la soledad de sí misma, y es en esa soledad, de donde nace la responsabilidad, el hacerse cargo de lo que decide y hace «y aun de lo que se hace o está hecho» [PD, 157]. La persona se revela, y por ello requiere ser invocada y «una vez invocada vivir desde ella» [PD, 158]. Ya que sólo se podrá vivir entonces desde ella, pues la persona se descubre a sí misma como el lugar desde cual la realidad se revela, aparece. Es el momento, en que el

22 Cfr. M. FOUCAULT, «Curso del 17 de mayo de 1976», en: *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, Madrid, Akal, 2003, pp. 205 y ss.

23 *Ibidem*, p. 206.

individuo ha encontrado las verdades que habitan en él, «hace reconocible sus huellas en el pasado y por fin puede hablar de futuro. «A través del hombre, pues, se abre el futuro; la persona es su vehículo: es lo más viviente de la vida humana, el núcleo viviente capaz de atravesar la muerte biológica; abierta al futuro se abre la infinitud» [PD, 159]. Es pura capacidad creadora. Es el tiempo de la libertad²⁴.

Sin embargo, el futuro sólo nace desde la visión del pasado²⁵, porque toda verdad implica una vista desde la cual la verdad se adquiere, y por lo tanto, una perspectiva. Quedamos así abocados, diría Ortega, a una razón histórica. Lo que establece el pasado como fondo del drama habido entre la persona y las circunstancias sociales vividas²⁶. La persona es una «quimera», vuelta hacia el pasado y de cara al futuro, por ella puede unir el tiempo, y concebir el futuro de forma creativa [PD, 164]. El paradigma, sería Nina, el personaje de *Misericordia* de Galdós; ella trabaja sobre la nada del presente, se sacrifica por él, con tan solo la esperanza del futuro. Este es el sacrificio de la persona, traer verdades del pasado; y recordadas, traídas a la conciencia, den la clave de lo que está pasado, de la crisis. «Este tiempo de la persona que acepta serlo, es como un tiempo robado, sustraído de la vida y ha de pagarse con la usura». Es su sacrificio: tiene que soportar desentrañar su alma y bajar a los más oscuro *ínferos*. Ella debe buscar la verdad dentro sí para poder develar en este período que ha perdido el horizonte. Se trata de anticiparse al futuro, desde la vida de la persona, se trata de esperanza ante la crisis. Y por eso, hoy es la persona más necesaria que nunca, escribe nuestra pensadora [PD, 160].

6. La democracia. «Es la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona» [PD, p. 169] porque la democracia es el único régimen que puede renovarse a sí mismo; el único capaz de ser la continuación de sí mismo, es decir, de superar su propia crisis. Puede, por tanto, fijarse horizontes. En la democracia, la crisis no se ve como un fracaso definitivo. «La crisis no es sino señal, el signo de que la vida, la historia son movimiento, proceso»²⁷. Uno hacia delante, a partir de ese límite que hemos señalado

24 «Cuando nos sentimos privados de la libertad, de la libertad íntima que brota de dentro, la conciencia despierta es un infierno» [PD, 160].

25 «Al que crea, inventa o simplemente piensa, la sociedad se le aparece en forma de pasado» [PD, 131].

26 «El pasado no ésta ahí porque se le ame, o porque a unos cuantos les convenga conservarlo, ni porque otros extremen su adhesión a él; en suma: no permanece el pasado por haya conservadores o tradicionalistas [...]. El simple hecho de que la vida humana es tal que el pasado no desaparece» [PD, 162].

27 M. ZAMBRANO, «Un inédito encontrado en Puerto Rico», recogido por J.L. ABELLÁN en su *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*, Barcelona, Anthropos Editorial, 2006, p. 119.

que es el propio de la acción eficaz, del proyecto que se realiza: «descubrir lo que se dejó por hacer *necesariamente*»²⁸. En este sentido, ha de ser capaz de hacer su propia reforma; ha de ser creadora. La Democracia ha de hacer lo posible para que el nuevo pensamiento aparezca; «ha de suscitar el afán de investigación y de descubrimiento de todos los dominios»²⁹; en suma, ha de abrir paso al futuro. En el fondo, de lo que se trata, pues, es de que la sociedad sea adecuada a la persona humana; «su espacio adecuado y no su lugar de tortura» [PD, 172]. «Y esta democracia que ha ido alboreando con tantos trabajos en Occidente, lo más característico hoy es la función de las minorías y su articulación con el pueblo. Y el cambio, en la figura y en la función del pueblo» [PD, 193].

Para Zambrano, el pueblo que constituye la democracia es la «realidad radical», y por ello aparece como origen. «Y los orígenes o son divinos o toman los caracteres de lo divino» [PD, 174]³⁰. Es la vida en su puro cambiar inaprensable: «El pueblo todo que ocupa el planeta, nuestro coetáneo, se nos aparece tan viviente que es la misma vida brotando misteriosa, inagotable, desbordante de todo concepto en que intentemos encerrarla: no se deja apresar» [PD, 174]. De ahí, su peligro. La vida en el pueblo va cargada igual de esperanza que de desesperación, y de ambas surge la acción. Cuya violencia dependerá de «los modos de hablar al pueblo y del pueblo, es decir, los modos de conducirse con él» [PD, 180]. Entre ellos, María Zambrano destaca dos desviaciones a la hora de conducir al pueblo. Son la demagogia y el abuso. La demagogia es la adulación al pueblo que lo convierte en masa anónima, donde el valor del individuo no es reconocido, ni respetado: «una democracia, diríamos totalitaria», en tanto se basa en la mantenimiento del pasado, y no construye horizonte, y por tanto degrada el pueblo al convertirlo en individuo y al alejarlo de la realidad humana: la persona. «La masa es hecho bruto» [PD, 184].

Por el otro lado, están las minorías, «una clase aparte, tan aparte que no debe ser llamada clase» [PD, 190], porque se constituye por individuos provenientes de clases sociales distintas y surge en virtud de una finalidad. Las minorías, para Zambrano, deben conducir al pueblo, «precisamente cuando [...] por su evolución o por la decadencia de las clases dominantes se encuentra solo» [PD, 193]. No obstante, la minoría presenta el peligro que una vez que ha pasado el momento revolucionario se haga reaccionaria. Y así, dice Zambrano, acaeció con el nazismo. «Ese es el momento en que la democracia

28 *Ibidem*, p. 120

29 *Ibidem*, p. 122

30 «No es extraño que en el pueblo se haya sentido y visto un cierto carácter divino; que se le haya atribuido el ser vehículo de la vos de Dios» [PD, 174].

aparece negándose a sí misma» [PD, 196]³¹. Es el momento de la ideología³², que se produce cuando una pequeña minoría trasmite ideas reaccionarias al pueblo, que se convierte en masa. La ideología sólo llevará a la violencia, «como en los ritos orgiásticos». Frente a ella es necesario la opinión pública, es decir, una minoría intelectual capaz de llevar a cabo una función mediadora con el pueblo.

En síntesis, «el régimen democrático se logrará tan sólo con la participación de todos en cuanto persona» [PD, 207]. Su novedad es que ha sido creado por todos, no por una minoría reaccionaria que desintegra la vida en individuos aislados. La democracia, es para Zambrano otro cosa, «está más cerca del orden musical que del orden arquitectónico», concluye María. Sin embargo, en su prólogo de 1987 a *Persona y Democracia* nuestra autora parece ya dudar incluso que la democracia sea el fin de la historia sacrificial.

31 «Hemos padecido el infierno de la democracia. Entre todos, quien más, quien menos, la han arrojado a su infierno. Los regímenes totalitarios sumergieron a la democracia en un infierno» [PD, 197].

32 «La ideología la fabricaron unos cuantos «intelectuales»; no debieron de pasar grandes trabajos por cierto. Ideología que mera en este caso una mitología: ideológica, fabricada como un producto a precios económicos» [PD, 199].